Peregrinación a Tierra Santa

16. Jerusalén

Sexto día – Lunes 11 de junio

Hacia la Basílica de la Dormición.

Basílica de la Dormición

Coronando la cima del moderno Monte Sión se encuentra la Basílica de la Dormición. Esta conmemora la muerte de María. Este complejo se construyó por Kaiser Guillermo II en 1900. La iglesia se construyó en respuesta a la petición para construir una iglesia Alemana Católica después de que el Kaiser apoyara la construcción de la Iglesia Luterana del Redentor en 1898.

La Abadía de Hagia María en Sión es una abadía benedictina en Jerusalén, en Monte Sión cerca de las murallas de la Ciudad Vieja de Jerusalén, cerca de la Puerta de Sión. Se encuentra en el lugar en el que, según la tradición, tuvo lugar la Dormición de la Virgen María, por lo que antiguamente conocida como Abadía de la Dormición de la Virgen María, pero en 1998 cambió en referencia a la iglesia de Hagia Sión que hubo antiguamente en ese lugar.

Fundada por Juan II (obispo de Jerusalén) y mucho después, durante su visita a Jerusalén en 1898 para la dedicación de la Iglesia Protestante del Redentor, el emperador Guillermo II compró este solar en el Monte Sión por 120.000 marcos de oro al Sultán Abdul Hamid II y donado a la católica "Unión alemana de Tierra Santa" ("Deutscher Verein vom Heiligen Lande"). Según la tradición local, fue en este lugar, cerca del lugar de la Última Cena, donde tuvo lugar el Tránsito de María. Este hecho le dio el nombre original

A la entrada de la Dormición.

Entrada a la Iglesia de la Dormición.

Torre de la Dormición.

Iglesia de la Dormición.

Interior de la iglesia de la Dormición.

Mosaico de la Virgen y el Niño en la Dormición.

al monasterio, la iglesia en sí es llamada Basílica de la Asunción o Dormición.

El arquitecto del Arzobispado de Colonia Heinrich Renard (1868–1928) investigó el lugar en 1899 y descubrió los restos, entre otros, del templo bizantino de "Hagia Sión". La dirección de la construcción fue confiada al arquitecto Theodor Sandel, residente en Jerusalén. La primera piedra fue colocada el 7 de octubre de 1900 y terminada sólo 10 años después el 10 de abril de 1910 por el Patriarca Latino de Jerusalén.

Los primeros monjes fueron enviados a Jerusalén desde la Abadía de Beuron en Alemania y desenclaustrados en 1918-1921, después de la Gran Guerra. En 1926 el monasterio es elevado al rango de abadía dentro de la Congregación de Beuron. Entre 1939 y 1945 los monjes fueron de nuevo expulsados, y por tercera vez como resultado de la Guerra árabe-israelí de 1948, ya que la abadía se encontraba en tierra de nadie entre Israel y Jordania.

En 1951 la abadía se separó de la Congregación de Beuron y fue puesta bajo supervisión directa del Abad-Primado de los Benedictinos en Roma. En 1967

Imagen de la Virgen dormida.

La Virgen dormida desde otro ángulo.

En el interior del Cenáculo.

Capitel con el pelícano, en el Cenáculo.

durante la Guerra de los seis días la abadía ardió en llamas desde ambos lados.

El Cenáculo

Lo visitamos ya después de comer en un kibut. Es una edificación cruzada como se puede apreciar por la arquitectura. En el primer piso está la tradicional tumba de David. La ubicación de esta "tumba" fuera de la Ciudad de David descarta su autenticidad. Sin embargo, algunos sugieren que la evidencia en la "tumba" indica una presencia anterior judeocristiana (o sinagoga). Si esto es verdad, respaldaría la idea de esta área general como la ubicación del "Cenáculo."

La sala del Cenáculo conserva la arquitectura gótica con que fue restaurada en el siglo XIV. En la fotografía, hecha desde la zona de la entrada, se ve la construcción para la plegaria musulmana en el muro de la derecha, y la escalera y la puerta que conducen a la capilla de la venida del Espíritu Santo en la pared del fondo.

El Cenáculo es el lugar de Jerusalén donde Jesús cenó con los apóstoles la última cena de su vida,

Altar en el Cenáculo donde celebramos la Misa.

antes de morir en la cruz. Es también el lugar donde se reunían los apóstoles después de la resurrección de Jesús y donde se encontraban durante el Pentecostés.

Era una casa con amplias salas en la ciudad de Jerusalén y pertenecía a un amigo de Jesús. Tenía dos salas: una planta baja, utilizada para las oraciones y/o para momentos instructivos; y una planta alta, utilizada para comer. Unos dicen que podía ser la casa de San Juan Evangelista; otros opinan que podía ser la de la madre de Marcos.

Para los cristianos, el lugar se convirtió en un lugar privilegiado para sus reuniones. Sobre el sitio fue construido más tarde una iglesia. Esto era la "Nueva Jerusalén", la "Nueva Sión", centro del nuevo pueblo de Dios. De este significado se pasa a una denominación topográfica, llamado "Monte Sión" la parte sur de la colina occidental, en cuyo lugar surge el cenáculo.

La víspera de la fiesta de Pascua, como Jesús sabía que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn 13, 1). Estas palabras solemnes de san Juan, que resuenan con familiaridad en nuestros oídos, nos introducen en la intimidad del Cenáculo. *¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?* (Mc 14, 12), habían preguntado los discípulos. Id a la ciudad –respondió el Señor– y os saldrá al encuentro un hombre

Saliendo de la ciudad por la puerta de Sión, una calle conduce al Cenáculo –hacia la izquierda– y a la basílica de la Dormición –hacia la derecha que lleva un cántaro de agua. Seguidle, y allí donde entre decidle al dueño de la casa: «El Maestro dice: *"¿Dónde tengo la sala, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?"*» Y él os mostrará *una habitación en el piso de arriba, grande, ya lista y dispuesta*. Preparádnosla allí (Mc 14, 13-15).

El Cenáculo sería ya digno de veneración solo por lo que ocurrió entre sus paredes aquella noche, pero además allí el Señor resucitado se apareció en dos ocasiones a los Apóstoles, que se habían escondido dentro con las puertas cerradas por miedo a los judíos (Cfr. Jn 20, 19-29); la segunda vez, Tomás rectificó su incredulidad con un acto de fe en la divinidad de Jesús: ¡Señor mío y Dios mío! (Jn 20, 28). Los Hechos de los Após-

toles nos han transmitido también que la Iglesia, en sus orígenes, se reunía en el Cenáculo, donde vivían Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes, y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la madre de Jesús, y sus hermanos (Hch 1, 13-14). El día de Pentecostés, en aquella sala recibieron el Espíritu Santo, que les impulsó a ir y predicar la buena nueva.

Los evangelistas no aportan datos que permitan identificar este lugar, pero la tradición lo sitúa en el extremo suroccidental de Jerusalén, sobre una colina que empezó a llamarse Sión solo en época cristiana. Originalmente, este nombre se había aplicado a la fortaleza jebusea que conquistó David; después, al monte del Templo, donde se custodiaba el Arca de la Alianza; y más tarde, en los salmos y los libros proféticos de la Biblia, a la entera ciudad y sus habitantes; tras el destierro en Babilonia, el término adquirió un significado escatológico y mesiánico, para indicar el origen de nuestra salvación. Recogiendo este sentido espiritual, cuando el Templo fue destruido en el año 70, la primera comunidad cristiana lo asignó al monte donde se hallaba el Cenáculo, por su relación con el nacimiento de la Iglesia.

Recibimos testimonio de esta tradición a través de san Epifanio de Salamina, que vivió a finales del siglo IV, fue monje en Palestina y obispo en Chipre. Relata que el emperador Adriano, cuando viajó a oriente en el año 138, «encontró Jerusalén completamente arrasada y el templo de Dios destruido y profanado, con excepción de unos pocos edificios y de aquella pequeña iglesia de los Cristianos, que se hallaba en el lugar del cenáculo, adonde los discípulos subieron tras regresar del monte de los Olivos, desde el que el Salvador ascendió a los cielos. Estaba construida en la zona de Sión que sobrevivió a la ciudad, con algunos edificios cercanos a Sión y siete sinagogas, que quedaron en el monte como cabañas; parece que solo una de estas se conservó hasta la época del obispo Máximo y el emperador Constantino» (San Epifanio di Salamina, De mensuris et ponderibus, 14).

Este testimonio coincide con otros del siglo IV: el transmitido por Eusebio de Cesarea, que elenca veintinueve obispos con sede en Sión desde la era apostólica hasta su propio tiempo; el peregrino anónimo de Burdeos, que vio la última de las siete sinagogas; san Cirilo de Jerusalén, que se refiere a la iglesia superior donde se recordaba la venida del Espíritu Santo; y la peregrina Egeria, que describe una liturgia celebrada allí en memoria de las apariciones del Señor resucitado.

Por diversas fuentes históricas, litúrgicas y arqueológicas, sabemos que durante la segunda mitad del siglo IV la pequeña iglesia fue sustituida por una gran basílica, llamada Santa Sión y considerada la madre de todas las iglesias. Además del Cenáculo, incluía el lugar de la Dormición de la Virgen, que la tradición situaba en una vivienda cercana; también conservaba la columna de la flagelación y las reliquias de san Esteban, y el 26 de diciembre se conmemoraba allí al rey David y a Santiago, el primer obispo de Jerusalén. Se conoce poco de la planta de este templo, que fue incendiado por los persas en el siglo VII, restaurado posteriormente y de nuevo dañado por los árabes.

Cuando los cruzados llegaron a Tierra Santa, en el siglo XII, reconstruyeron la basílica y la llamaron Santa María del Monte Sión. En la nave sur de la iglesia estaba el Cenáculo, que seguía teniendo dos pisos, cada uno dividido en dos capillas: en el superior, las dedicadas a la institución de la Eucaristía y la venida del Espíritu Santo; y en el inferior, las del lavatorio de los pies y las apariciones de Jesús resucitado. En esta planta se colocó un cenotafio —monumento funerario en el que no está el cadáver del personaje al que se dedica— en honor de David. Reconquistada la Ciudad Santa por Saladino en 1187, la basílica no sufrió daños, e incluso se permitieron las peregrinaciones y el culto. Sin embargo, esta situación no duró mucho: en 1244, la iglesia fue definitivamente destruida y solo se salvó el Cenáculo, cuyos restos han llegado hasta nosotros.

La sala gótica actual data del siglo XIV y se debe a la restauración realizada por los franciscanos, sus dueños legítimos desde 1342. Los frailes se habían hecho cargo del santuario siete años antes y habían edificado un convento junto al lado sur. En la fecha citada, por bula papal, quedó constituida la Custodia de Tierra Santa y les fue cedida la propiedad del Santo Sepulcro y el Cenáculo por los reyes de Nápoles, que a su vez la habían adquirido al Sultán de Egipto. No sin dificultades, los franciscanos habitaron en Sión durante más de dos siglos, hasta que fueron expulsados por la autoridad turca en 1551. Ya antes, en 1524, les había

Durante la Misa en el Cenáculo.

sido usurpado el Cenáculo, que quedó convertido en mezquita con el argumento de que allí se encontraría enterrado el rey David, considerado profeta por los musulmanes. Así permaneció hasta 1948, cuando pasó a manos del estado de Israel, que lo administra todavía.

Se accede al Cenáculo a través de un edificio anexo, subiendo unas escaleras interiores y atravesando una terraza a cielo abierto. Se trata de una sala de unos 15 metros de largo y 10 de ancho, prácticamente vacía de adornos y mobiliario. Varias pilastras en las paredes y dos columnas en el centro, con capiteles antiguos reutilizados, sostienen un techo abovedado. En las claves quedan restos de relieves con figuras de animales; en particular, se reconoce un cordero.

Algunos añadidos son evidentes, como la construcción hecha en 1920 para la plegaria islámica en la pared central, que tapa una de las tres ventanas, o un baldaquino de época turca sobre la escalera que lleva al nivel inferior; este dosel se apoya en una columnita cuyo capitel es cristiano, pues está adornado con el motivo eucarístico del pelícano que alimenta a sus crías. La pared de la izquierda conserva partes que se remontan a la era bizantina; a través de una escalera y una puerta, se sube a la pequeña sala donde se recuerda la venida del Espíritu Santo. En el lado opuesto a la entrada, hay una salida hacia otra terraza, que comunica a su vez con la azotea y se asoma al claustro del convento franciscano del siglo XIV.

En la actualidad no es posible el culto en el Cenáculo. Solamente el beato Juan Pablo II gozó del privilegio de celebrar la Santa Misa en esta sala, el 23 de marzo de 2000. Cuando Benedicto XVI viajó a Tierra Santa en mayo de 2009, rezó allí el Regina coeli junto con los Ordinarios del país. Debido a la existencia del cenotafio en honor de David, que se veneraba como la tumba del rey bíblico, muchos judíos acuden al nivel inferior para rezar ante ese monumento.

La presencia cristiana en el monte Sión pervive en la basílica de la Dormición de la Virgen –que incluye una abadía benedictina– y el convento de San Francisco. La primera fue construida en 1910 sobre unos terrenos que obtuvo Guillermo II, emperador de Alemania; la cúpula del santuario, con un tambor muy esbelto, se distingue desde muchos puntos de la ciu-

Conchita durante la Lectura en la Misa.

dad. En el convento franciscano, fundado en 1936, se encuentra el Cenacolino o iglesia del Cenáculo, el lugar de culto más cercano a la sala de la Última Cena.

Debajo del Cenáculo hay una sinagoga, donde se dice que está la tumba de David, pero no es cierto. David fue enterrado en la ciudad de David, que no está aquí, sino más abajo.

Misa en el Cenáculo

En el Cenáculo propiamente dicho no se puede celebrar la Santa Misa por ser un lugar que no pertenece a los cristianos. Parece que la propiedad no está clara, y el lugar lo administra el Estado de Israel. Las misas se tienen en la iglesia cercana de los franciscanos, donde celebró su última Misa el beato Alvaro del Portillo, en su viaje a Tierra Santa en 1994, un día antes de su fallecimiento.

Homilía

Nos encontramos en el lugar más próximo al Cenáculo. Hemos de meditar hoy otro de los grandes misterios de amor de Nuestro Señor, uno de los mayores milagros, unido al más grande poder que Dios ha dado a los hombres, por muchos prodigios que la inteligencia humana fuera capaz de realizar: el sacramento de la Eucaristía y el del Sacerdocio.

El ambiente de aquella noche de Pascua era de una especial intensidad. "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer" (Lc 22,14), les dirá el Señor. Con gran conmoción, así se encontraba el Señor aquella noche en su Humanidad Santísima, junto a donde ahora estamos. Era perfecto hombre y por tanto no podía dejar de emocionarse por los acontecimientos transcendentales de aquellos momentos: les iba a dar a comer su Cuerpo y su Sangre, transformando el pan y el vino e instaurando así la nueva y definitiva Pascua; les iba a lavar los pies en señal de amor, de humildad y de servicio; iba a ser traicionado por Judas, y dentro de muy pocas horas iba a empezar su Pasión y al día siguiente la Crucifixión y la muerte.

El Señor, por su amor y su poder, encuentra el modo de quedarse con nosotros, aunque llega la

A la salida del Cenáculo.

hora de entregar su vida para después resucitar y ascender al cielo. No le podemos ver con los ojos del cuerpo, pero le vemos con los ojos del alma; no solo le vemos: le tomamos, le comemos, nos alimentamos con su Cuerpo y su Sangre, su Alma y su Divinidad. El mismo Jesús que celebró aquella noche la Cena Pascual con sus discípulos es el que está en la Eucaristía, aunque ahora con su Cuerpo glorioso, resucitado. Y cada vez que se celebra la Misa se renueva incruentamente el sacrificio del Calvario; participar en ella es como estar de nuevo en el Cenáculo y en el Calvario. El Cenáculo anticipa de modo sacramental la entrega de su cuerpo y de su sangre que al día siguiente tendrá lugar de modo cruento en el Gólgota.

Tenemos que preguntarnos si tengo yo deseos de recibir al Señor con frecuencia, si es posible a diario. Si me preparo bien, en el cuerpo y en el alma, para estar bien dispuesto, en gracia de Dios, sin conciencia de pecado grave: recordemos que cuando Pedro no se deja lavar los pies por Jesús, el Maestro le dice: "si no te lavo, no tendrás parte conmigo" (Jn 13,8). Si no estamos limpios, sobre todo en el alma, no podemos acercarnos a comulgar. Vayamos antes al confesor y pidamos perdón de lo que sea necesario.

Veamos también si participo en la Misa, respondiendo bien a las oraciones, cuidando la contrición y la adoración. Si procuro enterarme bien de las lecturas y procuro meditarlas antes o después; si me preparo bien interiormente para el momento de la comunión y doy gracias durante unos minutos al terminar la celebración antes de salir del templo. Si manifestamos nuestra fe en la presencia del Señor en el sagrario cuidando la genuflexión cuando pasamos por delante de él, y e la consagración en la santa Misa. El Señor permanece en el Sagrario y por eso es bueno que vayamos a visitarle en algún momento del día, y siempre que podamos hacer un rato de oración junto a El.

Otra enseñanza fundamental de este día es el mandamiento del amor: "que os améis unos a los otros como Yo os he amado; en esto conocerán que sois mis discípulos" (Jn 15,12). El trato con nues-

Puerta de Sión.

Un judío ortodoxo rezando en el Muro de las Lamentaciones.

tros hermanos, empezando por los más cercanos, será el distintivo principal del cristiano. Pidamos al Señor un corazón semejante al suyo para comprender, disculpar y perdonar, manifestaciones necesarias del verdadero amor con obras.

Por último, pidamos al Señor que no falten las vocaciones sacerdotales; y que las familias tengan la ilusión de que el Señor llame a alguno de sus hijos. Los padres puede cooperar muy eficazmente a esa llamada con un buen ambiente de piedad y manifestando su veneración por el sacerdocio. Las familias numerosas cristianas siempre han sido semilleros de vocaciones. Se lo pedimos a San Bernabé, en su fiesta. Así como él fue a por Pablo a Antioquía, interceda también por muchos jóvenes bien dispuestos a seguir al Señor.

La Virgen Santísima tendría enseguida noticia de todo lo sucedido esa noche en el Cenáculo; quizás su mismo Hijo se lo contase, y estaría muy unida a El. Pidámosle que también nosotros lo estemos. Así sea.

Puerta de Sión y la ciudad vieja. El muro de las Lamentaciones

Entramos en la parte vieja de la ciudad por la Puerta de Sión –llena de impactos de bala en las rocas de la muralla, de las diversas guerras entre árabes y judíos–. Caminamos por la ciudad pasando por el barrio judío; vimos el cardo romano de Aelia capitolina, pasamos por la gran sinagoga de la destrucción del siglo XVIII. Se llama así porque los judíos no pudieran pagar a los musulmanes y estos la destruyeron. Se reconstruyó y en 1967, por la guerra, se destruyó de nuevo. Y hace 10 años la han vuelto a reconstruir.

Llegamos al Muro de las Lamentaciones, donde había muchas personas rezando. Varios de nosotros nos acercamos también, como había hecho Juan Pablo II cuando estuvo aquí, y también el Papa Francisco, para pedir por la paz. Había muchos ortodoxos, pero también otras muchas personas, judías o no.

El muro de las Lamentaciones.

La Menorá o candelabro de 9 brazos.

Las piedras de la base del muro pertenecen al segundo Templo; son por tanto antiquísimas. Era una parte importante del Templo, porque estaba cerca del Sancta Sanctorum. Cuando se destruyó el Templo y los judíos fueron expulsados o se fueron, los romanos y luego los bizantinos les dejaban venir a rezar una vez al año a Jerusalén.

Un judío rezando en la tumba de David.